

SAFO

TRECE POEMAS
RECONSTITUIDOS
DEL LIBRO I

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN RÍTMICA Y NOTAS

DE

MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

MADRID

1979

A lo largo de muchos años, esta sección de la revista ha venido desempeñando, satisfactoriamente en nuestra opinión, una función importante, la de permitir a sus colaboradores publicar traducciones muy variadas, generalmente de carácter más o menos experimental, que hicieran reflexionar a los lectores sobre esta difícil arte de la versión y les animara a emprender ensayos parecidos.

Solamente como tal, en calidad de experimento, tiene justificación esta presentación de una parte de la poesía sáfica que algunos pueden considerar osada y otros caprichosa. No creemos, en cambio, nosotros que haya mal alguno en la inocente tarea de reconstrucción algo fantástica de unos cuantos bellísimos poemas. Se trata, sobre todo, de reproducir el tono y estilo de los fragmentos sáficos, tan insatisfactorios por su exigua extensión; y esto sí creemos haberlo logrado.

También nos hemos propuesto continuar la ya añeja tradición de otros países, pero también española por la que, aprovechando las facilidades derivadas de la isosilabia del original, suelen traducirse en estrofas sáficas nuestras (tres hendecasílabos y un pentasílabo no rimados) las inmortalizadas por la poetisa. En la nota 222 de nuestro *Safo* (Madrid, 1958) pueden hallarse las traducciones de este tipo que, sobre todo en lo que toca a los dos fragmentos largos conocidos entonces, 1 y 31, se hicieron aquí a lo largo del siglo pasado, entre las que descollaron las de Menéndez y Pelayo, que, por cierto, comenzó editándolas en un periódico, *El Comercio* de Santander, como nosotros, salvadas abismalmente las distancias, íbamos luego a dar al *Correo Español* de Bilbao (14-X-1949) la que ahora reproducimos del fragmento 2. E igualmente en este siglo ha habido muchas traducciones, algunas de ellas francamente buenas. En el folleto *Safo y Erina. Odas* (Barcelona, s. a.) hallamos versiones literales en prosa del 1 y 31 a cargo de José Jordán de Urríes y Azara; del 1, en versos sáficos, de José Castillo y Ayensa; de ambos, en los mismos, la citada de D. Marcelino; de ambos también, catalana, en los mismos, de Antonio Rubió y Lluch. Pero muy posteriormente surgieron otras traducciones donde ya suelen recogerse en mayor o menor grado los fragmentos pequeños. Manuel Rabanal, en su *Safo (Odas y fragmentos)*, León, 1944, traducía en sáficos el 31, en combinación de dodecasílabos y hexasílabos el 1 y en varios modos rítmicos el resto, mientras que, en cambio, su *Safo. Antología* (Madrid, 1963) ofrece prosa generalizada. Lo mismo ocurre con *Safo* (Lima, 1957) de Fernando Tola y *Safo. Poemas* (Madrid, 1974) del autor de estas líneas, mientras que, por el contrario, se atienen al sáfico para los correspondientes del original Enrique Uribe White (*Antología de Safo*, Bogotá, 1962) y Manuel Balasch (*Safo. Obra completa*, Barcelona, 1973, bilingüe catalana).

Hagamos ahora algo de estadística. El primer libro, elegido para este experimento no sólo por contener dichos dos fragmentos largos, sino también por ser el que más facilidades da a nuestra métrica, comprendía, según el colofón a 30 que citaremos, 1320 versos, esto es, 330 estrofas. La edición de E. Lobel y D. Page (*Poetarum Lesbiorum Fragmenta*, Oxford, 1955, por la que citaré los textos) ofrece los fragmentos 1-42, con restos de 597 versos. A primera vista este 45 % es un buen porcentaje, pero los números no deben engañarnos, pues muchísimas de las líneas apenas contienen cuatro o cinco letras legibles. Nosotros no hemos podido aprovechar los fragmentos 3-4, 6-14, 18-19, 25-26, 28-29, 32-33 y 35-42, esto es, un total de 27, y solamente nos hemos atrevido con los quince restantes, agrupados arbitrariamente en trece poemas: 1-2, 5, 15-17, 20-24, 27, 30-31 y 34. En su conjunto, 55 estrofas, 220 versos, un 16 % del original, un 36 % de los conocidos; de ellos 106 en que no ha habido necesidad de restituir nada; 91 que requerían restitución parcial; y veintitrés totalmente suplidos por este traductor.

Se nos acusará, volvemos a sospecharlo, de delirio imaginativo, sobre todo si se nos compara con la sobriedad suma de la citada edición de Lobel y Page, que apenas suplen, en lo cual les sigue casi totalmente la también excelente de Eva-Maria Voigt (*Sappho et Alcaeus*, Amsterdam, 1971, por quien citamos algunos fragmentos). Muchos más suplementos tenía forzosamente que admitir el comentario de D. Page (*Sappho and Alcaeus*, Oxford, 1955); y algo más tolerante se muestra, en cuanto a colmar lagunas, C. Gallavotti (*Saffo e Alceo*, Nápoles, 1947-1948). En el polo opuesto, recusable, cabría situar a J. M. Edmonds, famoso más tarde por sus libertades con *La samia* de Menandro, que en el volumen I de su *Lya Graeca* (Londres, Loeb, 1922 ss.) se entregó a una verdadera orgía de suplementos (en griego, claro está, lo que acrecia las posibilidades de error), con la infortunada secuela, además, de que su edición, seguida al pie de la letra por la biografía novelada de A. Weigall (*Safo de Lesbos, su vida y su época*, tr. esp. Buenos Aires, 1954), dio lugar a una imagen artificial de Safo que todavía asoma en la literatura no técnica. Y en el justo medio, aunque con cierta tendencia al exceso, podríamos situar la edición, que nos ha sido muy útil en este punto concreto, de Max Treu, que en su *Sappho* (Munich, Tusculum, 1958²), aun sin restituir mucho en griego, ha traducido las palabras legibles, con puntos suspensivos donde no había otro remedio, y se ha esforzado por dar una idea de lo que en cada verso quiso decir Safo.

Poco más o menos lo que aquí hemos hecho nosotros. En todo caso, el lector tiene una firme apoyatura que le permitirá juzgarnos: los paréntesis (por razones técnicas no hemos podido emplear los usuales corchetes) que distinguen (de modo relativo, pues no era posible aquilatar todo lo deseable cuando las roturas alcanzan, como frecuentemente ocurre, a unas letras sí y otras no) lo que realmente es de la inmortal cantora del amor y lo que procede de nuestra prosaica Minerva.

1.

Inmortal Afrodita, la florida,
artera hija de Zeus, te lo suplico,
no atormenten mi espíritu, señora,
penas ni angustias,

mas ven aquí, como también antaño
unciste tu áureo carro y de la casa
de tu padre saliste al escuchar
mi voz lejana;

llevábante unos ágiles gorriones
hacia la negra tierra desde el cielo
y el veloz movimiento de sus alas
pronto te trajo;

y tú, bendita diosa, sonreías
con tu faz inmortal y preguntabas
qué me ocurre otra vez, por qué de nuevo
vuelvo a invocarte

y qué es lo que deseo que suceda
a mi alma loca. “¿A quién persuadir debo
a que acepte tu amor? ¿Quién mal contigo,
Safo, se porta?

Porque, si hoy huye, pronto irá tras ti;
si regalos no acepta, los hará;
y, si hoy no te ama, pronto te amará
aunque no quiera”.

Ven también ahora a mí, de mis congojas
cruelles sálvame y haz lo que mi ánimo
cumplido quiere ver y así tú misma
sé mi aliada.

2.

Ven a mí desde Creta; ven al sacro
recinto donde un grato bosquecillo
de manzanos se eleva y en las aras
arde el incienso.

Canta aquí el agua fresca por las ramas
del manzanar; sombrean los rosales
el lugar todo y, al temblar las hojas,
sopor difunden.

Aquí florecen lirios en el prado
que apacienta corceles; los eneldos
exhalan (en la noche deleitable)
su hálido dulce.

Cíñete aquí las ínfulas, ¡oh, Cipris!,
y en las doradas copas tiernamente,
mezclado con delicias, el divino
néctar escancia.

5 y 15.

¡Oh, (Cipris y) Nereides, a (mi) hermano
inmune devolvedme y que aquí llegue
y (cuanto) su alma quiere ver logrado
(todo) se cumpla!

Que expíe sus pecados de antes; sea
goce (de sus amigos) y (tormento)
para sus enemigos, que ojalá
no los tengamos;

partícipe a su hermana quiera hacer
del honor (que reciba) y (se terminen)
(del todo) las amargas inquietudes
que le apenaban;

cuando escuche la (hostil) habladuría
de sus conciudadanos, (baladíes)
(como) grano de mijo (le parezcan)
(tales palabras).

¡(Sedle propicias, hijas de Nereo),
y tú, Cipris (excelsa, de tus iras)
olvídate (contra él y) del mal (líbrale)!
(Mas, si recae),

que (acerba), Cipris, te halle y que no pueda
(jamás) jactarse Dórica de que él
(a) su amor deseable retornó
por vez segunda.

16.

Lo mejor de la tierra dicen unos
que es una grey de infantes y jinetes
o una flota de naves, mas yo creo
que es lo que se ama.

Y esto es fácil que todos lo comprendan:
Hélena, a la que nadie aventajaba
en belleza, al mejor de los maridos
dejó y a Troya

se fue por mar sin acordarse nada
de su hija y de sus padres bienamados,
pues (a amar a Alejandro) la arrastraba
(Cipris divina),

que (es) hábil (la mujer cuando se trata)
(de realizar sus) frívolos (deseos).
(Esto) ahora hacia Anactoria, que está ausente,
mi mente lleva:

preferiría ver su andar gracioso
y el expresivo brillo de su faz
a los carros de guerra de los Lidos
y tropa armada.

Cerca de mí (aparezca mientras oro)
 tu (graciosa figura), Hera divina,
 cuyo culto (instauraron) los ilustres
 reyes Atridas,

que, habiendo realizado (grandes gestas)
 primero (en Troya y luego en el mar cuando)
 de allí vinieron, (terminar su viaje)
 no conseguían

hasta que a ti (invocaron) y al Antio
 Zeus y al dulce (retoño) de Tione.
 Ahora también (propicia ante mí acude)
 según el (rito)

tradicional; (es) puro y (consagrado)
 (te está este coro) virginal (que acude)
 (a tu recinto y danza) rodeando
 (tu bella imagen).

Clemente muéstrate, (te lo pedimos),
 (y, si otras veces auxiliar supiste)
 (nuestra cuita, haz que incólume) nos llegue
 (la que esperamos).

20.

(Diosa que habitas la chipriota Pafos),
da(nos, ¡oh, Cipris) bienaventurada!,
(la visión de) tu gloria (y haz que ahora)
(llegar podamos)

con propicia fortuna (hasta la orilla)
(y) sentirnos seguros en el puerto
(y pisar otra vez) la tierra negra,
(madre de todos),

(pues hay gran tempestad y ya) los nautas
(luchar no) quieren contra los ingentes
vientos y hacia la costa (este navío)
(no se encamina).

21.

(Penosa es ya mi edad y a) piedad (mueven)
(mis miembros) temblorosos (y el cabello)
(que fue negro y es blanco y cuantos males)
la vejez (trae).

(Ella arruga mi) piel (toda y mi mente)
rodea (de temores y pesares);
voló (ya aquel Amor que cuerpos jóvenes)
busca (ahora sólo).

(Pero aun la) noble (Cipris me acompaña).
Toma (la dulce péctide, Girino),
(y) canta para mí (a la diosa) ornada
de violas en su seno.

22.

Yo, (Abántide), te ruego que, tomando
la péctide, de Góngila (nos cantes)
y su añoranza que revolotea
en torno (a tu alma).

Sólo el ver su vestido, bella (niña),
loca de amor te puso; y yo me alegre,
pues reprochóme un día Ciprogenia
misma que (suelo)

pedirle (que me dé nuevos amores).
Eso (es verdad, pero también) deseo
(que sepa que es constante entre nosotras)
(el sentimiento).

23.

(Cada vez que) te miro (cara a cara)
(me parece que en nada) comparable
(eres) a Hermione y a Hélena la rubia,
(si es permitido)

(equiparar a) humanos (con los dioses),
(no me parece impropio) el igualarte;
sábelo bien, tu (corazón lo guarde);
todas mis penas

(pueda olvidar; no vea ya) la orilla
(del Aqueronte, que el rocío baña),
(mas la pradera en que) la entera noche
(juntas cantemos).

24 a.

(Cuando a la edad lleguéis que ahora yo tengo),
recordaréis (sin duda dulcemente)
(todo aquello que, siempre con) vosotras,
de joven hice.

(Fue) bueno y bello (cuanto allí) gozamos;
la ciudad (se llenó de nuestros) coros;
(de flores y perfumes rodeadas)
(amar supimos).

(A ti acudimos, madre de estas bellas)
(muchachas tan amadas por nosotras),
(cuyo canto sonoro muchas veces)
(fue mi deleite).

También tú antaño (fuiste tierna) niña
que cantó (con dulzura); de ello acuérdate
y (amablemente este) favor concédenos
(que te pedimos).

Pues vamos a una boda, bien lo (sabes);
salir deja en seguida a estas muchachas;
los dioses (el servicio en que les honras)
tengan (en cuenta);

(no hay) camino (ni fácil ni difícil)
(que a) los mortales (lleve) al gran Olimpo;
(pero el hacer felices a los hombres)
(a él nos acerca).

30 y 34.

Los astros que rodean a la hermosa
luna su brillo han de ocultar cuando ella
en su redonda plenitud la tierra
toda ilumina.

(A su luz) las muchachas (hoy) pasamos
la noche (toda entera celebrando)
tu amor y el de la novia que con violas
su pecho adorna.

Despiértate, muchacho, (corre), trae
(aquí a tus) camaradas y que sea
nuestro sueño más corto que el (del ave)
de voz sonora.

31.

Que es igual a los dioses me parece
el hombre que a tu vera está sentado
y tu hablar dulce y risa silenciosa
oye de cerca;

ello hace que en mi pecho el corazón
se pare; porque, al verte solamente
un momento, la voz no me obedece
y se me traba

en silencio la lengua y un sutil
ardor corre debajo de mi piel,
no ven mis ojos, mis oídos zumban
y un sudor frío

mi cuerpo todo invade y un temblor
y me pongo más verde que la yerba
y creo enteramente que a morirme
voy en seguida.

Pero todo tendrás que soportarlo,
pues ha de ser así. (Siempre supiste),
(Safó, que al claro sol sucedería)
(la negra noche).

NOTAS

Fragmento 1.

Transmitido por, entre otros testimonios menores, Dionisio de Halicarnaso (*De comp. verb.* 173-179). Los principios de algunos de los versos aparecen en el papiro de Oxirrinco 2288, una estrecha tira que no resuelve la gran dificultad del verso 19.

La poesía está completa y ofrece bella estructura anular: es un himno clético, de invocación ritual a una diosa. El sexo de la persona a quien ama Safo está indeterminado en nuestra versión: el original presupone una mujer si en el verso 24 se admite el general $\kappa\omega\lambda\kappa \epsilon\theta\epsilon\lambda\omicron\iota\sigma\alpha$; pero podría teóricamente tratarse de un varón si se lee una forma en *-aw* del participio y se traduce *aunque no quieras*.

Fragmento 2.

Transmitido por el famoso *ostrakon* conservado en Florencia, un tejido del s. III a. J. C. en que un escolar egipcio transcribió, con infinidad de errores, un texto escrito en lengua y estilo poco familiares para él. Al final comparece como testimonio supletorio una cita de Ateneo (463 e) y también sirven de ayuda crítica otras menciones de autores antiguos.

Tal como presentamos el poema, resulta un poco corto para lo acostumbrado probablemente en Safo, pero la estructura anular es claramente visible. Ahora bien, todo ello queda en tela de juicio, porque Ateneo añade a continuación otras palabras aquí no recogidas y el *ostrakon* parece ofrecer más texto en una línea superior a éstas.

Es también himno clético: Afrodita debe acudir desde Creta, isla en que parece que tuvo culto (según Hesiquio, en Cnoso con el apelativo de Ἄνθεα o Florida).

Hay varias lagunas y corruptelas: la de los versos 11-12 del original, aquí 11, se ha suplido según hipótesis del autor de este suplemento (*Algo más todavía sobre el "ostrakon" sáfico*, en *An. Filol. Cl.* V 1950-1952, 81-90; cf. también, del mismo, *Nuevamente sobre el "ostrakon" sáfico: una aclaración*, en *Emerita* XXIV 1956, 66-71, y *Iris Murdoch, Alcán, Safo y la siesta*, en *Est. Cl.* XIII 1969, 97-107).

Fragmentos 5 y 15.

Hemos unido artificialmente los textos de los papiros de Oxirrinco 1231 y 2289 (versos 1-20) y otro fragmento del primero de ellos (21-24). El tema evidentemente es el mismo, pero debe de tratarse de dos poesías, pues a los cuatro versos últimos preceden en el papiro los finales de otros ocho que no coinciden con lo que el original de los veinte primeros versos nos ofrece.

Es un poema propéptico, que pide a los dioses una feliz travesía para alguien: resulta bien sabido el terror que hacia los viajes marítimos sentían los Griegos. El que regresa es Caraxo, hermano de Safo probablemente menor que ella, que, dedicado a negocios en Egipto, se ha visto eróticamente implicado con una cortesana a la que aquí se llama Dórica y otros textos denominan Rodopis. Safo, apenada ante el extravío de su hermano, desea que regrese sano y salvo y no reincida.

A simple vista puede verse cuán grande es la conjeturalidad de este texto.

Fragmento 16.

Un ejemplo de lo que, con expresión alemana tomada a la Retórica, se denomina una *Priamel* o lo que pudiéramos llamar un preámbulo: el autor enumera una serie de cosas deseables para concluir afirmando que a todas ellas las supera otra en su opinión. La oda se ha hecho muy famosa. Safo ha sido vista en ella como defensora del subjetivismo estético y moral y aun de una verdadera subversión de valores éticos. Helena prefirió a todo el amor de Paris; así ahora a la poetisa le atrae más el encanto de su antigua amiga Anactoria, quien probablemente está en Lidia, quizá casada, que todas las maravillas y el legendario poderío de aquel gran país.

Atestiguan el texto, con otras citas, los papiros de Oxirrinco 1231 y 2166 y el P. S. I. (de la Sociedad Italiana) 123. Son cinco estrofas que parecen terminar en irreprochable estructura anular, pero en la misma columna del papiro aparecen al final dos versos más y, en una segunda, restos de otros diez rematados por una corónide o signo terminal del poema. Parece admisible la hipótesis de que otra señal igual ha desaparecido después de nuestro verso 20, con lo que tendríamos aquí dos cantos distintos; pero, si no fuera así, las palabras *οὐ δύνατον γένεσθαι* (*no es posible que suceda*), legibles en la línea 21, inducirían a pensar que, como en otros casos (cf. 31 y lo dicho sobre 58 en la nota a 21), Safo atempera su nostalgia con una autoexhortación a la resignación ante lo inevitable.

Fragmento 17.

Se ha obtenido por combinación de los papiros 1231, 2166 y 2289 de Oxirrinco y P. S. I. 123. Entre todos aportan los principios de veinte versos seguidos de una corónide; pero es fácil ver que las restituciones han tenido que ser extensas.

Resulta bien conocido, sobre todo por el fragmento 129 de Alceo, el hecho de que en Lesbos había un importante templo dedicado a tres divinidades un tanto dispares: Hera Eolia (es decir, patrona de todos los pueblos eólicos), Zeus Antio (el apelativo quiere decir *aquel a quien se*

acude) y Dioniso denominado *Κεμήλιος*, advocación cuyo significado se ignora. El libro III de la *Odisea* cuenta que Menelao (aquí los dos Atridas juntos), de paso en Lesbos al regreso de Troya, tuvo que invocar a Zeus para que le indicara la buena ruta hacia su patria: la cita de esta ocasión parece, pues, adecuada para un propémtico (cf. 5 y 15). Alguna de las muchachas *acude* por mar a reunirse con Safo y su grupo.

Fragmento 20.

Restos de lo que aquí serían los versos 2 a 25: solamente los finales de gran parte de siete estrofas conservadas en los papiros de Oxirrinco 2131 y 2166.

Quizá no resulte aventurado suponer que el verso se entiende escrito a lo largo de una azarosa navegación: aunque Safo fue persona más bien sedentaria, un testimonio (fr. 251 V.) habla de su exilio con dirección a Sicilia por motivos políticos, e incluso se ha puesto en relación este hecho con posibles estancias en Creta (cf. 2 y la cita de mujeres de aquel país en el fr. 16 *inc. auct.*).

Fragmento 21.

Parece seguro que Safo llegó a edad avanzada: recuérdense el famoso fragmento 94 D. = 168 B V. (cf. 23 y 31); el fr. 121, en que otra rechaza a un hombre más joven que ella; y nuestra restitución del fr. 24 a.

Cierta semejanza respecto a este fragmento ofrece el 58, de otro metro, con repetición en un caso incluso de las mismas palabras, y en que se manifiesta con claridad el pormenor, aquí solamente restituido, de la aparición de canas. En él también se lee un resignado *ἀλλὰ τί κεν ποιήην*, seguido de la misma expresión mencionada de 16, y, en este sentido, la mención de Titono: si la diosa Aurora tuvo que contentarse con tener un marido inmortal, sí, pero que envejecía cada vez más, una mortal no debería sublevarse contra la decadencia que normalmente aguarda a todos los hombres.

En cuanto a éste, nos es transmitido por el papiro de Oxirrinco 1231 en quince versos de los que sólo el final aparece; los dos últimos no admiten reconstrucción ni tampoco, claro está, el primero, que se halla en blanco: sin duda la oda no comenzaba aquí.

El instrumento musical llamado péctide, una especie de lira, aparecía en los frs. 22, como podrá verse, y 156. Nuestra elección del nombre de Girino para la compañera a quien la poetisa se dirige es caprichosa por lo que toca a este poema, pero no en general, pues esta muchacha, cuyo onomástico se ha creído indebidamente poder leer en el mismo 22, está desde luego citada en los 29, 82 y 90 y en el testimonio del fr. 219 V.

Fragmento 22.

Transmitido por el papiro de Oxirrinco 1231, contiene restos de diecinueve versos, de los que aquí traducimos 9-19 más un adónico final reconstituido.

Aunque hay polémica sobre la interpretación de este poema, puede intentarse la reconstrucción. Góngila, cuyo nombre es en realidad un afectivo remoquete que significaría algo así como "la gordita", es una muchacha de Colofón, amiga de Safo, a quien conocemos no sólo por la imitación sáfica de Ezra Pound, sino también por los fragmentos 95 y 213 y el testimonio 253 V. El nombre de Abántide, aquí incompleto, se halla en un fragmento de Alceo (261) o *incerti auctoris* (35 V.). La primera está ausente; la segunda la echa de menos y, al ver un vestido de ella que anda por alguna habitación, siente nostalgia. Sobre las razones por las que Safo se alegra de ello hay varias opiniones: la nuestra, un tanto audaz, se basa parcialmente en un artículo de H. J. Milne, *Sappho's Ode to Gongyla* (fr. 36 D.), en *Hermes* LXVIII 1933, 475-476. Son conocidas las continuas visitas y epifanías de Afrodita de que habla Safo: aparte de los himnos cléticos 1 y 2, aquí recogidos, tenemos plegarias como en los también vistos frs. 5 y 15 y en 33, 35, 86, 101, 140; la diosa habla a la poetisa en los frs. 65, 133, 159; ella afirma haber hablado en sueños con Afrodita en 134. Si, como hay quien lo opina, en el fr. 1 la divinidad reprocha dulcemente a Safo la inconstancia amorosa de su grupo, ésta es una buena demostración de que las muchachas se son fieles entre sí. También los frs. 41 y 45 pueden contener elogios de esta buena cualidad.

Fragmento 23.

La oda no empieza aquí, porque el papiro de Oxirrinco 1231 ofrece restos de dos versos antes de nuestros 1-11.

Ha habido dificultades entre Safo y una amiga con la que ahora se reconcilia. En su nuevo estado de ánimo, la amada no le parece ya solamente comparable con Hermíone, hija de Hélena, bellísima según Homero, sino con su propia mítica madre. Safo, como en los frs. 94 y 95, ha querido morir de pena y contemplar el río infernal Aqueronte, citado en el 65 y también, incluso con sus riberas bañadas por el rocío donde florece el loto, en el mismo 95. Pero ahora ya no hay que pensar en ello, sino en una de las fiestas nocturnas en que el grupo da culto a Afrodita y de que puede ser ejemplo el citado fr. 2: el verbo *παννυχίσσω* aparece en el 30, que veremos; los adjetivos *πάννυχος* y *παννύχιος*, respectivamente, en 149 y el 298 V. de Alceo; en 43 leemos que está cerca el día; la luna aparece, con el 34 aquí incluido, en 96, 154, 199 y 94 D. = 168 B V. (cf. 21 y 31); la noche, en 151 y 197; el lucero de la tarde, en 104.

Fragmento 24 a.

Es un verdadero atrevimiento el montar una reconstrucción de estos restos mínimos de dos estrofas, en siete versos, que presenta el papiro de Oxirrinco 1231. Se tocaría (cf. 21) el tema de la edad; habría, como en 94, una alusión a gratas experiencias pasadas; los coros en cuestión serían aquellos que, como en los siguientes poemas, cantan epitalamios. El final es francamente imaginativo: las flores aparecen, por ejemplo, en el citado 2 y en 55, 74, 94 y 96; los perfumes o ungüentos, entre otros lugares, en 94, 179 y 189.

Fragmento 27.

Algo más positivo resulta aquí el texto de los papiros de Oxirrinco 1231 y 1266: trece líneas, que son nuestros versos 2-14.

En esta ocasión debemos más que de ordinario a la imaginación de Treu. Safo y sus amigas van a cantar un epitalamio con ocasión de una boda, quizá la de alguna muchacha del grupo; la madre de al menos dos de ellas se muestra renuente; el coro acude a entonarle una serenata en que se le recuerde que también ella fue joven. Las grandes cosas de la vida son difíciles siempre (Safo renuncia a tocar el cielo en el 52 y algo parecido dice en el 63), pero estas pequeñas bondades no cuestan nada.

Fragmentos 30 y 34.

La unión de ambos es arbitraria. El segundo de ellos (versos 1-4) no procede de ningún papiro, sino de varios testimonios antiguos, entre ellos Juliano y Eustacio. El primero es del papiro de Oxirrinco 1231: una primera línea, aquí no recogida, con una alusión a la noche, y 2-9, que equivalen a nuestros versos 5-12, con, al final, el colofón citado en la introducción. Es un epitalamio típico: al parecer las muchachas cantan frente a la puerta del novio para que él a su vez vaya con ellas y con otros mozos a dar la serenata a la novia. La fiesta durará mucho: Hesíodo (fr. 312 M.-W.) había anotado ya el hecho de que el ruiseñor duerme poco. Esto, claro está, supone que la ceremonia se desarrolla no en la noche de bodas, sino en el plenilunio inmediatamente anterior. Otros fragmentos epitalámicos (111-117 entre otros) pueden formar parte también del canto de dicho día, mientras que el 104 (el lucero de la tarde se lleva definitivamente a la novia de su casa de soltera) y el 110 (jocosas alusiones a un portero que vigilaba el tálamo para que las bromas no pasaran de la raya) podrían corresponder a la propia noche nupcial.

Fragmento 31.

Y, por último, este famosísimo poema, transmitido parcialmente por varios antiguos, en muy pequeña escala por un P. S. I. aun no numerado, que resuelve una grave dificultad, y sobre todo por el tratado *Sobre la sublimidad* del Pseudo-Longino (cap. 10). Ha sido, como se sabe, traducido muy libre e incompletamente por el LI de Catulo.

Safo describe magníficamente los efectos físicos del amor. Está contemplando a una de sus amigas, que charla alegremente con un hombre, quizá su futuro marido, y siente angustiosos celos ante la normalidad y felicidad erótica de la pereja.

Las cuatro primeras estrofas podrían constituir una armónica composición anular, con *φαίνεται* y *φαίνομαι* en su principio y final, pero en el Ps.-Longino se lee a continuación *ἀλλὰ καὶ τόλματον ἐπεὶ* seguido de un *καὶ πένητα* imposible métricamente e ininteligible. El final de la versión de Catulo no nos ayuda nada, pero otro verso del mismo autor, *at tu, Catulle, destinatus obdura* (VIII 19), nos induciría a ver aquí (cf. lo dicho sobre 16 y 21) un sentimiento muy sáfico de mansa resignación. A esto responderían nuestros tres fantásticos versos finales, que, en lo que toca a la noche podrían apoyarse (cf. 21 y 23) en el fr. 94 D.= 168 B V., cuya paternidad hoy ya no se suele negar a Safo como hace unos decenios y en que una mujer llora su abandono en la soledad nocturna.